

Catalina de Habsburgo

Catalina de Habsburgo

YOLANDA SCHEUBER



Colección: Novela Histórica

www.nowtilus.com

Título: Catalina de Habsburgo

Autor: © Yolanda Scheuber

Copyright de la presente edición © 2011 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9967-245-8

Fecha de publicación: Septiembre 2011

Impreso en España

Imprime: Cofás Artes Gráficas

Depósito Legal: M-35112-2011

Las princesas de Austria inspiramos este recuerdo en honor
de nuestra querida madre, la reina Juana I de Castilla,
de quien, aún viva, nos dejaron huérfanas...

DEDICATORIAS

A las princesas de Austria, luego reinas todas ellas: Leonor, Isabel, María y Catalina de Habsburgo, quienes han dejado su huella en esta historia.

Por ellas y para ellas se escribió esta novela.

A mi madre, quien me abrió por primera vez, a mis cinco años de edad las puertas de la historia de Juana I de Castilla y de sus hijas.

A mi padre, por su maravilloso ejemplo de vida.

A mi esposo, por su inigualable e incondicional apoyo, colaboración y paciencia, por ayudarme a que la memoria de estas reinas permanezca viva.

A mis hijos, para que puedan conocer a través de esta historia la valentía con que se enfrentaron a la vida las cuatro hijas de la reina.

A mi hermana Victoria, a la que me unen no sólo los lazos de sangre y afectos, sino nuestra pasión por la literatura, quien desde los Alpes suizos —patria de los Habsburgo— me brindó su claridad literaria y su luz conceptual en la corrección del manuscrito.

A la gloria de San Francisco de Asís, en cuya festividad terminé la escritura de este libro.

AGRADECIMIENTOS

Al Secretario del Obispado de Palencia, Antonio García, por su atenta contribución en la búsqueda de datos sobre Catalina de Habsburgo.

A mi amiga Carmen Vaquero Serrano, que desde Toledo me aportó su inestimable y entusiasta ayuda en la compilación de material sobre Leonor de Habsburgo y con su incansable afán y sabiduría me fue guiando por los laberintos del maravilloso siglo XVI.

A mi amigo Diego Varas, por su valiosa y desinteresada colaboración en el soporte técnico.

A José Manuel Díez Fuentes, responsable técnico del Área de Historia de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes —Taller Digital— por su ayuda en la recolección de información sobre los primeros años de vida de las princesas de Habsburgo. Por su colaboración, quisiera extender dicho agradecimiento a todo el Área de Historia de la Biblioteca Virtual Cervantes de la Universidad de Alicante.

A José María Burrieza Mateos, jefe del Departamento de Referencias del Archivo General de Simancas, por su asesoramiento.

ÍNDICE

DEDICATORIAS	9
AGRADECIMIENTOS	11
PERSONAJES	15
PRÓLOGO	33
CAPÍTULO I. Convento de Nuestra Señora de la Buena Esperanza	35
CAPÍTULO II. Torquemada	67
CAPÍTULO III. Arcos	127
CAPÍTULO IV. Tordesillas	171
CAPÍTULO V. Carlos y Leonor	219
CAPÍTULO VI. El marqués de Denia	237
CAPÍTULO VII. La inestabilidad castellana	261

CAPÍTULO VIII. Mi nuevo destino	281
CAPÍTULO IX. Mi vida de reina	307
CAPÍTULO X. Entre esponsales y lutos	381
CAPÍTULO XI. La muerte me persigue	407
CAPÍTULO XII. En un valle de lágrimas	431
NOTA DE LA AUTORA	435
EPÍLOGO	437
NOTA HISTÓRICA	439
CRONOLOGÍA	441
ÁRBOLES GENEALÓGICOS	459

PERSONAJES

Los personajes que se mencionan al inicio de cada libro de la saga Las hijas de la reina son aquellos que intervienen en los cuatro libros correspondientes a la misma: *Leonor de Habsburgo*, *Isabel de Habsburgo*, *María de Habsburgo* y *Catalina de Habsburgo*. Y en cada uno de los libros se incorporan los que corresponden a los acontecimientos que se relatan en esa novela en particular.

Casa Trastámara-España

Isabel de Castilla y Fernando de Aragón: los Reyes Católicos de España, padres de Juana I de Castilla y abuelos maternos de los príncipes de Austria: Leonor, Isabel, María, Catalina, Carlos y Fernando de Habsburgo.

Juana I de Castilla: infanta de España. Hija de los Reyes Católicos, esposa de Felipe de Habsburgo (el Hermoso), madre de los príncipes Leonor, Isabel, María, Catalina, Carlos y Fernando. Archiduquesa de Austria desde 1496 a 1555, reina de Castilla con el nombre de Juana I desde 1504 hasta 1555 y reina de Aragón desde 1516 a 1555.

Juan de Trastámara: hijo primogénito de los Reyes Católicos, príncipe de Asturias, hermano de Juana I de Castilla y esposo de Margarita de Austria.

Isabel y María Trastámara: hijas de los Reyes Católicos, hermanas de Juana I de Castilla y esposas de Manuel I de Portugal.

Catalina de Aragón: hija de los Reyes Católicos, hermana de Juana I de Castilla y esposa de Enrique VIII.

Casa Habsburgo-Austria

Maximiliano I de Habsburgo: emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, esposo de la duquesa María de Borgoña y padre de Felipe y Margarita de Habsburgo. Abuelo paterno de los príncipes de Austria: Leonor, Isabel, María, Catalina, Carlos y Fernando de Habsburgo.

María de Borgoña: duquesa de Borgoña, esposa de Maximiliano I, madre de Felipe y Margarita de Habsburgo. Abuela paterna de los príncipes de Austria: Leonor, Isabel, María, Catalina, Carlos y Fernando de Habsburgo.

Felipe de Habsburgo: príncipe de Austria. Hijo del emperador Maximiliano I de Habsburgo y de María de Borgoña, hermano de Margarita de Austria, esposo de Juana I de Castilla, padre de los príncipes: Leonor, Isabel, María, Catalina, Carlos y Fernando de Habsburgo. Archiduque de Austria, duque de Borgoña desde 1482 a 1506 y rey de Castilla desde 1504 a 1506.

Margarita de Austria: princesa de Austria. Hija de Maximiliano I de Habsburgo y María de Borgoña, hermana de Felipe de Habsburgo, esposa de Juan de Trastámara, príncipe de Asturias, y más tarde duquesa de Saboya al desposarse en 1501 con Filiberto de Saboya. Gobernadora regente de los Países Bajos entre 1507 y 1515. Tía de Leonor, María, Isabel, Catalina, Carlos y Fernando de Habsburgo.

Leonor de Habsburgo: archiduquesa de Austria. Princesa de España. Nieta de los Reyes Católicos y del emperador Maximiliano I de Habsburgo. Hija de Juana de Trastámara y

de Felipe de Habsburgo, hermana del emperador Carlos V de Alemania y I de España, de Fernando, Isabel, María y Catalina de Habsburgo, esposa de Manuel I de Portugal y reina de Portugal entre 1519 y 1521, esposa de Francisco I de Francia y reina de Francia entre 1530 y 1547 y madre de María, princesa de Portugal.

Isabel de Habsburgo: archiduquesa de Austria. Princesa de España. Nieta de los Reyes Católicos y del emperador Maximiliano I de Habsburgo, hija de Juana I de Castilla y de Felipe de Habsburgo, hermana de Leonor, María, Catalina, Carlos y Fernando de Habsburgo. Esposa de Christian II de Dinamarca y reina de Dinamarca 1515 a 1523.

María de Habsburgo: archiduquesa de Austria. Princesa de España. Nieta de los Reyes Católicos y del emperador Maximiliano I de Habsburgo. Hija de Juana I de Castilla y de Felipe de Habsburgo, hermana de Leonor, Isabel, Catalina, Carlos y Fernando de Habsburgo. Esposa de Luis II de Bohemia y Hungría. Reina de Bohemia y Hungría entre 1523? a 1526.

Catalina de Habsburgo: archiduquesa de Austria. Princesa de España. Nieta de los Reyes Católicos y del emperador Maximiliano I de Habsburgo. Hija de Juana I de Castilla y de Felipe de Habsburgo, hermana de Leonor, Isabel, María, Carlos y Fernando de Habsburgo. Esposa de Juan III de Portugal y reina de Portugal entre 1525 y 1557.

Carlos de Habsburgo: emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y hermano de Fernando, Leonor, Isabel, María y Catalina.

Fernando de Habsburgo: rey de Hungría y de Bohemia y después emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, hermano de Carlos, Leonor, Isabel, María y Catalina.

Felipe II: rey de España, hijo de Carlos V y la emperatriz Isabel de Portugal.

María de Habsburgo: hija de Carlos V y la emperatriz Isabel de Portugal, esposa de Maximiliano II.

Juana de Habsburgo: hija de Carlos V y la emperatriz Isabel de Portugal, esposa del príncipe Juan Manuel y madre del rey Sebastián de Portugal.

Carlos de Habsburgo: hijo de Felipe II y de María Manuela de Portugal.

Maximiliano de Habsburgo: hijo de Fernando I de Habsburgo y de Ana Jagellón. Esposo de María de Habsburgo, hija de Carlos V.

Casa Avis-Portugal

Manuel I de Portugal: llamado el Afortunado. Rey de Portugal y primer esposo de Leonor de Habsburgo entre 1518 y 1521. Anteriormente viudo de Isabel de Castilla y María de Aragón, hermanas de Juana I de Castilla. Padre del rey Juan III.

María de Aragón: segunda esposa del rey Manuel I y madre del rey Juan III, esposo de Catalina de Habsburgo.

Miguel de Portugal: hijo heredero de Manuel I de Portugal y de la infanta Isabel, hermana de Juana I de Castilla.

Infanta María de Portugal: hija de Leonor de Habsburgo y Manuel I de Portugal. Princesa de Portugal, señora de Viseu.

Isabel de Portugal: hija de Manuel I y María de Aragón. Emperatriz, esposa de Carlos V y hermana del rey Juan III.

Juan III: rey de Portugal, esposo de Catalina de Habsburgo.

Juan Manuel: príncipe heredero de Portugal, hijo de Juan III y Catalina de Austria, esposo de Juana de Austria y padre del rey Sebastián de Portugal.

María Manuela: princesa de Asturias, esposa del príncipe Felipe (futuro rey Felipe II), madre del príncipe don Carlos, hija de Juan III y Catalina de Habsburgo, hermana del príncipe Juan Manuel.

Sebastián de Portugal: hijo póstumo del príncipe Juan Manuel y Juana de Austria. Rey de Portugal.

Beatriz de Portugal: hermana de la emperatriz Isabel de Portugal y del rey Juan III, hija de Manuel I y María de Aragón.

Príncipes Alfonso, Isabel, Beatriz, Manuel, Felipe, Dionisio y Antonio de Avis: hijos del rey Juan III y Catalina de Habsburgo.

Luis, duque de Beja: hijo del rey Manuel I y de María de Aragón, hermano del rey Juan III.

Fernando, duque de Guarda y de Trancoso: hijo del rey Manuel I y de María de Aragón, hermano del rey Juan III.

Cardenal Alfonso: hijo del rey Manuel I y de María de Aragón, hermano del rey Juan III.

Cardenal Enrique: hijo del rey Manuel I y de María de Aragón, hermano del rey Juan III. Regente de Portugal desde 1562 a 1568 y rey de Portugal desde 1578 a 1580.

Eduardo, duque de Guimarães: hijo del rey Manuel I y de María de Aragón, hermano del rey Juan III.

Casa de Valois-Francia

Carlos VIII y Luis XII: reyes de Francia.

Francisco I de Francia: rey de Francia. Se casó en primeras nupcias con la princesa Claudia, duquesa de Bretaña, hija de Luis XII, quien luego fue reina de Francia. Fue el segundo esposo de Leonor de Habsburgo entre 1530 y 1547.

Enrique II: rey de Francia, esposo de Catalina de Médicis.

Catalina de Médicis: reina de Francia, esposa de Enrique II.

Carlos de Orleáns: hijo del rey Francisco I.

Luisa de Saboya: madre de Francisco I y de Margarita de Navarra.

Francisco de Valois: hijo de Francisco I y Claudia de Francia.
Delfín de Francia.

Enrique de Valois: hijo de Francisco I y Claudia de Francia.
Duque de Orleans.

Margarita de Navarra: hermana de Francisco I, hija de Luisa de Saboya.

Casa de Borgoña

Carlos el Temerario: duque de Borgoña, padre de María de Borgoña, abuelo de Felipe el Hermoso y bisabuelo de Leonor, Isabel, María, Catalina, Carlos y Fernando de Habsburgo.

Catalina de Francia: primera esposa de Carlos el Temerario.

Isabel de Borbón: segunda esposa de Carlos el Temerario, duquesa de Borgoña, madre de María de Borgoña, abuela de Felipe el Hermoso y bisabuela de Leonor, Isabel, María, Catalina, Carlos y Fernando de Habsburgo.

Margarita de York: tercera esposa de Carlos el Temerario, duquesa de Borgoña.

Casa Oldemburgo-Dinamarca

Christian II: rey de Dinamarca, Noruega y Suecia, esposo de Isabel de Habsburgo.

Juan de Dinamarca: rey de Dinamarca, padre de Christian II y esposo de Cristina de Sajonia.

Cristina de Sajonia: reina de Dinamarca, de la Casa Wettin, esposa de Juan de Dinamarca y madre de Christian II.

Juan de Oldemburgo: príncipe de Dinamarca, hijo mayor de Isabel de Habsburgo y de Christian II de Dinamarca, hermano de Dorothea y Cristina de Oldemburgo.

Dorothea de Oldemburgo: princesa de Dinamarca, hija de Isabel de Habsburgo y de Christian II de Dinamarca, hermana de Juan y de Cristina de Oldemburgo. Esposa de Federico de Baviera, elector palatino.

Cristina de Oldemburgo: princesa de Dinamarca, hija de Isabel de Habsburgo y de Christian II de Dinamarca, hermana de Juan y de Dorothea de Oldemburgo. Esposa del duque de Milán Francisco Sforza, y al quedar viuda, fue desposada con Francisco I, duque de Lorena.

Isabel de Oldemburgo: princesa de Dinamarca, hermana del rey Christian II y esposa del príncipe elector Joaquín de Brandemburgo.

Federico I de Dinamarca: duque de Holstein, hermano de Juan de Dinamarca y tío de Christian II. Rey de Dinamarca.

Dorothea de Brandeburgo: esposa del rey Christian I y abuela de Christian II.

Christian III: rey de Dinamarca, hijo de Federico I.

Casa Jagellón-Hungría y Bohemia

Ladislao Jagellón: rey de Hungría y Bohemia, padre de los príncipes Luis y Ana Jagellón.

Beatriz de Nápoles: primera esposa del rey Ladislao Jagellón.

Ana de Foix-Candale: segunda esposa del rey Ladislao Jagellón y madre de los príncipes Luis y Ana de Hungría y Bohemia.

Luis II de Hungría: rey de Bohemia y Hungría, hijo del rey Ladislao Jagellón, hermano de la princesa Ana de Hungría y esposo de María de Habsburgo.

Ana Jagellón: reina de Bohemia y Hungría, hija del rey Ladislao Jagellón, hermana de Luis II de Hungría y esposa del archiduque Fernando de Habsburgo.

Otros

Príncipe de Chimay: amigo de Felipe de Habsburgo y caballero de honor de la archiduquesa Juana en Flandes.

Juan de Jarava: médico de la corte de Leonor de Austria.

Hernando de Jarava: sobrino de Juan de Jarava y confesor de Leonor de Austria.

Fray Tomás de Matienzo: consejero y confesor de la archiduquesa Juana en Flandes.

Madame de Hallewin: gobernanta de los hijos del emperador, Felipe y Margarita de Habsburgo.

Ysabeau Hoen: comadrona de Lier que ayudó en el nacimiento de Leonor de Habsburgo.

María Orselaere: nodriza de Leonor, Isabel y María de Hasburgo.

Josina de Nieuwerne: aya de Leonor de Hasburgo y mecedora del príncipe Carlos.

Juana de Courtoise, Catalina van Welsemsse, Gerina Garemyns: doncellas de Leonor de Hasburgo.

Juana Le Jeune: nodriza del príncipe Carlos (futuro Carlos V), hermano de Leonor, Isabel, María y Catalina.

Ana de Beaumont: dama de honor de Leonor de Hasburgo.

Lope de Garda y Lamberto van der Porte: médicos de la corte y de Leonor cuando niña.

Barbe Servel: aya del príncipe Carlos de Habsburgo.

Martín de Moxica: tesorero de la corte de España en Flandes.

Doña Elvira de Mendoza: camarera real de Leonor de Habsburgo en la corte de Portugal y luego aya de su hija la princesa María.

François de Buxleiden: arzobispo de Besançon, preceptor y consejero de Felipe de Habsburgo.

Philibert de Veyre: consejero de Felipe el Hermoso.

Juan Rodríguez de Fonseca: obispo de Córdoba y capellán de los Reyes Católicos.

Ana de Borgoña, señora de Ravenstein de Duy Veland: guardadora de los príncipes en Malinas.

Don Enrique de Wittehem, señor de Beersel: gobernador y chambelán de los príncipes en Malinas.

Príncipe de Orange, conde de Nassau: teniente general y gobernador de Flandes.

Filiberto II de Saboya: duque de Saboya y segundo esposo de Margarita de Austria.

Hughes de Melun: vizconde de Gante, caballero de honor de Felipe de Hasburgo.

Antoine Laclaing: señor de Montigny, caballero de honor de Felipe de Hasburgo.

Beatriz de Tábara, Blanca Manrique, María de Aragón y Beatriz de Bobadilla: damas de honor de Juana I de Castilla en Flandes.

Filipota de la Perrière: camarera de los príncipes Leonor, Carlos e Isabel y aya de María.

Catalina de Hermellén: camarera de los príncipes Leonor, Carlos, Isabel y María y dueña de las doncellas de honor de Leonor e Isabel.

Juan Manuel, señor de Belmonte: valido del archiduque Felipe de Habsburgo.

Juan de Anchieta: maestro de los príncipes.

Pedro Núñez de Guzmán: ayo del príncipe Fernando.

Fray Álvaro Osorio de Moscoso: capellán del príncipe Fernando y obispo de Astorga.

Carlos de Croy, príncipe de Chimay: caballero de honor de Juana I de Castilla.

Diego de Villaescusa: obispo de Málaga.

Juan Rodríguez de Fonseca: obispo de Córdoba, capellán de sus Católicas Majestades y confesor de Juana en España.

Jehenin Bruneau: emisario de Felipe de Habsburgo.

Federico de Baviera: príncipe palatino y asesor de Felipe de Habsburgo. Esposo de Dorothea de Dinamarca.

Philibert de Viere: consejero de Felipe de Habsburgo.

Juan de Witte: fraile dominico, confesor de la princesa Leonor en la corte de Malinas.

Gutierre Gómez de Fuensalida: embajador de España en Flandes.

Adriano de Utrecht: preceptor de Carlos de Habsburgo y Papa de Roma: Adriano VI.

Francisco Jiménez de Cisneros: arzobispo de Toledo y confesor de Isabel la Católica. Regente de España.

Fadrique Álvarez de Toledo: duque de Alba y devotísimo del rey Fernando.

Bernardino de Velasco: condestable de Castilla.

Fadrique Enríquez: almirante de Castilla.

Guillermo de Croy: señor de Chièvres, camarero mayor y asesor de Carlos de Habsburgo.

Jean Sauvage: señor de Escaubecques, mayordomo mayor de Carlos de Habsburgo. Canciller del emperador.

Pierre de Boisot: tesorero de Carlos de Habsburgo.

Gilles de Avelus y Gilles de Bousauton: mayordomos de la corte de Carlos de Habsburgo en Flandes.

Juan de Berghés: procurador del reino.

Bernardino de Caravajal: obispo español en Malinas.

Mercurino Gattinara y Andrea del Burgo: asesores de Carlos de Habsburgo y embajadores del Sacro Imperio Romano Germánico.

Jerónimo de Cabanillas y Jaime de Albión: embajadores del rey Fernando de Aragón.

Juan Hockenay: chambelán de Carlos de Habsburgo.

Germaine de Foix: segunda esposa de Fernando el Católico y reina de Aragón desde 1505 hasta 1516.

Duque Carlos de Borbón: príncipe francés y general de los ejércitos de Carlos V.

Carlos de Lannoy: caballero mayor de Carlos de Habsburgo y virrey de Nápoles.

Don Fernando de Ávalos: marqués de Pescara y comandante de las tropas imperiales de Carlos V.

Duque Antonio Leyva: general de las tropas imperiales.

Don Íñigo de Velasco: condestable de Castilla.

Eric Valkendorf: arzobispo de Trondheim, Noruega.

Lage Urne, Godske Alhefeld, Birgen de Lund: obispos de Dinamarca.

Mogens Goye: consejero de Christian II.

Albert Jepsen Ravensberg: consejero de Christian II.

Dyveke Willums: joven holandesa, amante del rey Christian II.

Sigbrit Willums: comerciante holandesa, madre de Dyveke y asesora de Christian II.

Pedro de Meldorf: duque, asesor de Christian II.

Paul de Hemmingstedt: conde, asesor de Christian II.

Jens Andersen Beldenak: gran dignatario del reino de Dinamarca.

Matías de Strengnäs: arzobispo de Suecia.

Federico III de Sajonia: llamado el Sabio. Príncipe elector de Sajonia y hermano de Cristina de Sajonia y tío de Christian II.

Axel: jinete de correos del rey Christian II.

Sten Sture: regente de Suecia.

Gustavo Vasa: rey de Suecia.

Alberto de Prusia: primo de Christian II de Dinamarca.

Joaquín de Brandemburgo: esposo de Isabel de Oldemburgo, cuñado de Cristián II de Dinamarca.

Felipe de Melanchton: sucesor de Lutero.

Nicolás von Amsdorf y Andrés Bodenstein (alias Carlstadt): teólogos, amigos de Lutero.

Alberto de Brandemburgo: obispo de Brandemburgo.

Juan Tetzl: fraile dominico.

Lorenzo Campegio: legado papal.

Francisco de Lorena: duque de Lorena, segundo esposo de la princesa Cristina de Dinamarca.

Tietgen: consejero danés.

Bartolomé de Carranza y Miranda: dominico, arzobispo de Toledo.

Luis Méndez de Quijada: mayordomo del emperador Carlos V en el monasterio de Yuste.

Juan de Anchieta y Roberto de Gante: maestros de la princesa María de Habsburgo en la corte de Malinas.

Matías Corvino: rey de Hungría.

Segismundo I Jagellón: rey de Polonia.

Jorge Podèbrady: rey de Bohemia.

Jan Hus: rector de la Universidad de Praga.

Juan Hunyadi: héroe de la resistencia húngara.

György Dózsa: líder de la revolución campesina de Hungría.

Desiderio Erasmo: humanista, escritor, consejero de Carlos V y María de Hungría.

Wilhelm de Rogendorf: mayordomo austríaco del archiduque Fernando de Habsburgo en Flandes.

Martín de Guzmán, Velazque de Arévalos, Señor de Roeux, Señor de Sempi, Señor de Molembais: integrantes de la corte de Fernando de Habsburgo.

Jerónimo van Busleyden: consejero de Carlos V.

Bernard van Orley: pintor de corte en Malinas.

Selim I: emperador otomano, padre de Solimán el Magnífico.

Solimán el Magnífico: emperador otomano, hijo de Selim I.

Tomás Bakócz: arzobispo primado de Esztergom.

Sha Isma il: rey de Persia.

Francisco de Ávalos: marqués de Pescara, general de los ejércitos imperiales.

Enrique III: rey de Navarra.

Filiberto de Orange: príncipe al servicio del emperador Carlos V.

Juan Zapolya: rey de Hungría.

Jean Frangipani: noble croata al servicio de Francia.

Ulrico Zwinglio: líder de la reforma protestante en Suiza.

Andrea Doria: almirante de la flota imperial.

Enrique VIII: rey de Inglaterra, esposo de Catalina de Aragón y padre de María Tudor.

Duque Francisco Sforza: duque de Milán y primer esposo de Cristina de Dinamarca.

Alfonso de Ávalos: marqués del Vasto y de Pescara, general del ejército imperial.

Barbarroja: pirata turco (Hayr al Din).

Luis Sarmiento de Mendoza: embajador español en Portugal.

Mercator: cosmógrafo de Carlos V.

Fernando Álvarez de Toledo: duque de Alba, general del ejército imperial.

Doña Elvira de Mendoza: aya de la infanta María (hija de la reina Leonor).

Don Lorenzo Galíndez de Carvajal: secretario de la reina Juana I de Castilla.

Mosén Luis de Ferrer, Hernán Duque de Estrada, Bernardo de Sandoval y Rojas, marqués de Denia: mayordomos de Juana I de Castilla en Tordesillas.

Francisca Enríquez: esposa de don Bernardo de Sandoval y Rojas, marquesa de Denia.

Señor de Trazegnies: lugarteniente de Carlos V.

Doña María de Ulloa: dama de honor de Juana I de Castilla y aya de Catalina de Habsburgo.

Condesa de Salinas y marquesa de Denia: damas de honor de Juana I de Castilla en España.

Beltrán Plomón: servidor de la reina Juana I de Castilla y de Carlos V en Tordesillas.

Francisco de Borja: paje del cortejo de Catalina de Habsburgo, duque de Gandía y general de la Compañía de Jesús.

Germaine de Foix: segunda esposa de Fernando el Católico.

Bravo, Maldonado, Padilla: dirigentes comuneros.

Juan de Ávila: confesor de la reina Juana.

Doña Margarita de Velasco: dama de honor de la reina Catalina de Habsburgo.

Doña Margarita de Mendoza: camarera de la infanta María Manuela.

Jerónimo Osorio: obispo del Algarve, confesor de la reina Catalina de Habsburgo

Don Francisco Diego de Silva: primer inquisidor general del reino de Portugal.

Don Juan Martínez Silíceo: obispo de Cartagena y maestro de Felipe de España.

Alejo de Meneses: ayo del rey Sebastián de Portugal.

Luis y Martín Gonzalves de Cámara: jesuitas, tutores del rey Sebastián de Portugal.

Amador Rebelo y Gaspar Mauricio: ayudantes del preceptor del rey Sebastián, Luis Gonzálves de Cámara.

Pedro de Alcaçovas y Álvaro de Castro: validos del rey Sebastián de Portugal.

Andrés Vesalio: médico imperial en la corte de Carlos V y luego en la de Felipe II.

Cristóbal de Morales: pintor en la corte de Juan III y Catalina de Habsburgo.

Don Cristóbal de Moura: caballero de la corte que acompañó a Juana de Habsburgo, la princesa viuda del príncipe Juan Manuel en su regreso a Castilla.

Muley Ahmed: rey de Marruecos.

Vasco da Gama: virrey de la India portuguesa.

Jaime I, duque de Braganza: noble portugués.

Isabel de Braganza: hija de Jaime I y esposa de Eduardo de Avis, duque de Guimarães.

Guiomar Coutinho: esposa de Fernando de Avis, duque de Guarda y de Trancoso.

Martim Afonso de Sousa: noble y navegante portugués al servicio de Juan III.

Don Antonio de Athayde: conde de Castanheira y amigo personal del rey Juan III.

Duarte, arzobispo de Braga: hijo ilegítimo de Juan III con Isabel Moniz.

Isabel Moniz: camarera de la reina Leonor de Habsburgo y madre de Duarte, hijo ilegítimo del rey Juan III.

PRÓLOGO

Cual una premonición, el nombre de Tordesillas inscribió certeramente sobre el alma de Catalina de Habsburgo —la última de las hijas de la reina Juana I de Castilla la Loca y del rey Felipe de Habsburgo el Hermoso— una huella indeleble.

Sentenciada a cumplir obligadamente, en los años más luminosos de su infancia y juventud, un encierro ingrato al lado de su madre, el destino acumuló sobre ella dolores que podrían considerarse insoportables, pero la abnegación, la humildad y la prudencia la asistieron en el camino de la vida sin jamás darse por vencida.

La infanta nació en Torquemada en el año del Señor de 1507, cuatro meses después de la muerte de su padre. Desde el mismo día de su nacimiento hasta que cumplió sus dos años, la pobrecita estuvo destinada a acompañar a su enlutada madre en un triste peregrinar por los senderos castellanos, llevando en cortejo fúnebre el cuerpo inerte de su progenitor, quien por disposición testamentaria había pedido ser enterrado en Granada.

Viajando por las noches bajo las estrellas y reclusándose durante el día para evitar la luz del sol, su madre trataba de resguardarla de la peste y los encierros. Pronto los ojos de la princesa se acostumbraron a las sombras, a la perpetua compa-

ña de un cortejo sombrío rodeado de hachones encendidos y a una caja mortuoria que atesoraba los despojos de quien fuera en vida su padre, el archiduque de Austria, Felipe el Hermoso.

Por orden de su abuelo, Fernando el Católico, apenas cumplió sus dos años de edad, fue encerrada junto a su madre a quien adoraba, en el desolado castillo de Tordesillas. Perdió tristemente su infancia y su adolescencia al ser privada de su libertad y en ciertos períodos hasta se les prohibió comunicarse entre ellas. Cuando estuvo en edad de comprender, viendo sufrir tanto a su madre, le rogó a su hermano, el emperador Carlos V, que las liberara de tan espantoso e injusto aislamiento. Pero todo resultó en vano. Vivió encarcelada junto a ella hasta cumplir sus dieciocho años, fecha en la que por una orden imperial salió del indigno encierro para ser desposada con su primo el rey Juan III de Portugal.

Sus esponsales parecían haberla amparado de su ingrato destino, mas no pudieron resguardarla de las grandes tristezas que aún la vida le tenía reservadas.

Todo su existir estuvo estremecido por las contradicciones. Conoció la pobreza más extrema y la más asombrosa riqueza; el dichoso amor de un esposo enamorado y el calvario de las muertes de sus nueve hijos, pero jamás nada ni nadie pudo doblegar su fe inquebrantable, que le ayudó a soportar y a superar los dolores más extremos con profunda y serena valentía.

Fue una reina modesta, sencilla y prudente, virtudes heredadas de su madre que la acompañaron durante toda su vida, haciendo de ella una mujer admirable. Los años en Tordesillas no pasaron en vano para ella. Y es ese desamparo ante el destino lo que hoy la transforma en un paradigma válido para todas las mujeres.

Salta, Argentina, a 29 de marzo de 2011

I

CONVENTO DE NUESTRA SEÑORA DE LA BUENA ESPERANZA

Lisboa, 14 de enero del año del Señor de 1577

Podía escuchar el redoble prudente y melodioso de la prima, pero no podía ver más allá del libro de horas que tenía entre mis manos. Las lágrimas nublaban mi mirada. Una inesperada calma entre cada llamada envolvía el aire y, como un atisbo de gozos olvidados, resultaba placentero a mis oídos el tañer musical de las campanas. Tal vez porque su diáfana cadencia me recordaba a las de Santa Clara, echando a vuelo bajo los cielos de Tordesillas, convocando a rezos... Era asombroso, el mismo silencio al alba, los mismos repiques, el mismo hábito negro. De no haber sido por los cincuenta y dos años que me separan de aquel imborrable solar, hubiera podido decir que estaba allí, junto a mi madre, a escasos días de celebrar mi última onomástica en tierras de Castilla. Esa Castilla reseca y polvorienta, olvidada de la mano de Dios, como nosotras. Cuando me marché para siempre de su lado aún me faltaban cinco días para cumplir dieciocho años y llevaba en el alma —ligadas en las mismas proporciones— las angustias con las ilusiones.

Trato de dejar atrás esa memoria y enjugando mis lágrimas vislumbro, bajo las bóvedas suntuosas de la estancia, pendidos de las paredes encaladas, algunos paños de oro de mi madre que

representan la vida y la coronación de la Virgen, pero mis ojos, cargados de llanto, no pueden contemplarlos. En mi alma sólo guardo buenos recuerdos de ella... Gracias al muro invisible erigido por su cariño a mi alrededor, conseguí sobrellevar mi triste destino como infanta de España y gracias a mi temprana presencia —solía recordármelo con frecuencia— ella pudo resistir el sufrimiento ocasionado por la muerte de mi padre.

La recuerdo como la imagen viva de la desolación. Siempre vestida de negro y con su pensamiento enajenado por la presencia impalpable y perpetua de su eternamente joven esposo muerto. La desdicha y el desconsuelo que arrastraba consigo eran dos alas de plomo que le impedían levantar el vuelo. Su viudez a los veintisiete años le había robado las riendas de su alegría. De su boca ya no escapaba la risa fresca y espontánea que tanto seducía a mi padre cuando era una despreocupada archiduquesa en la corte borgoñona.

En Tordesillas sentía que mi abuelo la había amordazado, humillado, olvidado y a diario parecía hundirse en un abismo que la iba aplastando cada vez más abajo. Sólo con serenidad conseguía dominar aquella sensación extraña que la embargaba. Era como si una mano invisible la empujara involuntariamente hacia el fondo y, sin poder liberarse de ella, fuera cayendo sin poder detenerse. Absorta en su dolor y acuciada por las incontables deudas que mi padre le había dejado, el desasosiego se encargaba de no dejarla en paz.

Al morir Felipe de Habsburgo, las arcas reales estaban vacías y ante la grave situación su séquito flamenco reclamó la paga de sus salarios por seis meses adeudados. Aquellos nobles tenían el firme propósito de poder regresar a su tierra, pero, presintiendo las trabas económicas que tendría mi madre para remediar sus dificultades pecuniarias, los ilustres flamencos —entre los que se encontraban el conde de Nassau y Floris van Egmont, duque de Borgoña, conde de Büren y Leerdman, señor de Ijsselstein y de San Maartensdijk— se embarcaron en el puerto de Bilbao llevándose consigo con premura las principales pertenencias y los mayores tesoros concernientes al patrimonio de mi padre. El resto —lo que quedó en España— se lo apropió, repartió y malvendió la otra parte del cortejo que, afanoso

por obtener el dinero necesario para retornar a Flandes, concluyó la obra del despojo.

Todo cuanto pertenecía a mi padre lo usurparon. Para mi madre y para nosotros —sus hijos— no dejaron nada, ningún recuerdo visible en el cual complacernos al añorarlo. Sus joyas, sus lujosos atavíos, su vajilla de oro y plata, sus muebles, sus tapices... Todo desapareció. Sólo quedó su cuerpo embalsamado, y ante el temor de que aquellos flamencos también lo profanaran, mi madre hizo instalar en derredor del féretro una escolta permanente durante las veinticuatro horas del día.

El reino se abrasaba en disensiones. Mi abuelo, el rey de Aragón —Fernando el Católico—, y el arzobispo Cisneros eran quienes conducían las riendas del poder en Castilla. Imponían su voluntad y manejaban arbitrariamente las potestades de mi madre, mientras ella, agobiada por el peso insondable de la soledad, daba cumplimiento a la última promesa, hecha de rodillas frente al lecho de mi padre moribundo, de llevar su amado cuerpo hacia las tierras del Sur para enterrarlo en Granada.

Todo estos recuerdos sucedieron hace ya muchos años y, aunque ha pasado demasiado tiempo y me encuentro hoy en las verdes tierras de Portugal, jamás pude olvidarlos.

Un vientecillo frío penetra por la ventana entreabierta y me acaricia el rostro, del mismo modo que lo hacía en Tordesillas, cuando asomada tras los barrotes veía pasar el Duero rumoreando entre los álamos. Hoy cumplo setenta años y llevo casi tres lustros recluida por mi propia voluntad en este monasterio. Cada mañana al levantarme acudo presurosa por el camino de la alta galería hacia los oficios religiosos de su preciosa capilla, pero nunca he vivido en él un día igual a este. Será quizá la nostalgia de los años. Cuanto más me adentro en mi vejez, más recuerdo el tiempo de mi infancia, ese período claro de mi vida en que el desamparo no tenía cabida porque todo lo dejaba en manos de mi madre.

... ¿Qué hubiera sido de mí sin ella? Me lo pregunto hoy con la misma incertidumbre con que ella me lo indagaba entonces. Ella me decía que no hubiera sabido qué hacer si yo no hubiera nacido y hacía votos de que se hubiera ido tras los pasos de mi padre, y sé que yo tampoco hubiera podido resistir

mi vida sin su constante apoyo y su presencia, pues la compañía de mi madre sustituyó también a la de mi padre. Qué hubiera sido de mí sin ella, si a mi padre nunca pude conocerlo... Ni siquiera podía imaginarlo gallardo y alegre como todos afirmaban que era. No podía suponerlo siendo un niño de ojos tiernos y almendrados como lo era mi hermano Fernando; ni percibir su pelo ensortijado. No alcanzaba a avistarlo erguido en su caballo, elegante y airoso, porque siempre me lo imaginaba muerto, dentro de su féretro cerrado, oliendo a fragante incienso y a cera de las velas consumidas junto al humo resinoso de los hachones. No me impresionaba por entonces que se hubiera dispuesto que su cuerpo fuera enterrado en España y que su corazón fuese enviado a Flandes en un cofre de oro forrado de terciopelo, escoltado por una procesión de flamencos, lo que me sobrecogía era que ya no estaba a nuestro lado, que no podría jamás conocerlo ni abrazarlo.

Hoy, desde que el alba se anunció silenciosa sobre un cielo gris plomizo y el día avanzó con torpeza, tratando de liberar sus girones de luz por entre las ranuras de las nubes, el resplandor de las velas se fue apagando mansamente, consumido por las horas. Esas horas implacables que no se detienen ante muros ni distancias y que llegan presuntuosas a cumplir con los plazos que señalan el final de cada cosa. Esos plazos que se agitan dentro de nuestro corazón al evocar recuerdos lejanos, aquellos días que alguna vez fueron y ya no son, advirtiéndonos —al compás inalterable de algún reloj cercano— su decisiva llegada y su inaplazable partida. Ni bien han arribado ya deben marcharse y así continúan en una interminable e incansable búsqueda de un presente que tan pronto se roza, se muda al pasado.

Sólo poseo este minuto, ni los que pasaron ni los que vendrán habrán de ser míos. Advierto que el tiempo transcurre deprisa, con el único afán de desvelarme, de hacerme notar con toda su crudeza que me encuentro de paso, que estoy limitada a un determinado tiempo, en el que habré de vivir por la gracia que me otorga el destino. Y así, como la bendecida lluvia del invierno que moja lentamente el huerto y los jardines, mi memoria se detiene en cada vivencia, sin que pueda evitarlo,

recayendo sobre aquellos momentos entrañables de mi vida, rememorándolos. Vida por la que he peregrinado hasta llegar hoy al lugar donde me encuentro, a través de senderos desconocidos, marcados por los contrastes más extremos que han ido grabando sobre mi alma los matices más intensos de los gozos y las penas.

Las luces del alba me sorprendieron en vela, echando en falta a mis seres más queridos. Abiertos mis ojos y sin poder conciliar el sueño, contemplé sin cansancio el artesonado del techo, tallado finamente en roble claro, en cada cuadrilátero perfecto, una rosa se inclina hacia mí a punto de desprenderse de su tallo, y es tanto el realismo de sus formas que, al contemplar el conjunto desde abajo, me parece percibir un ramo inmenso que esparce por el aire su perfume.

Espoleada por la fecha de mi aniversario que atrae hacia mi corazón alborozado agitaciones y zozobras, recuerdo la primera vez que mis ojos descubrieron una rosa: fue en Portugal, en aquella primavera después de mis esponsales. Jamás había contemplado flores tan delicadas. Magnolias, rosas y jazmines de deliciosos aromas elevaron mi asombro adormecido, durante tantos años oprimido en Tordesillas. Acostumbrada a la simplicidad de las flores silvestres, desgarradas y simples que se mecían al compás del viento sobre los solitarios campos que rodeaban el castillo, mis ojos se deleitaron al descubrir aquellos extensos jardines, salpicados de verdes laberintos y de graciosas fuentes de aguas saltarinas que refrescaban las calurosas mañanas portuguesas. No os imagináis cuánto me costó aprender el nombre de tantas flores y árboles desconocidos, catalogados por hojas, pétalos y estambres. En mis primeros días de reina portuguesa consideraba un enredo tremendo todo lo que debía aprender de prisa para poder desenvolverme con gracia y soltura. A todo le dispensaba mi atención completa, por considerar el precio de haber sido elegida para reina consorte de este reino. La primera consigna fue aprender rápidamente el idioma, algo que no me costó demasiado por la similitud de sus palabras con el español. Recordé la urgencia de solicitar consejos a mi hermana Leonor para conservar mi autoridad sobre los integrantes de mi corte. Sus líneas me alentaron a continuar por la senda que había

comenzado a transitar con serenidad y confianza porque consideraba que ambos sentimientos me llevarían por el camino seguro de la estima y la amabilidad.

Queridísima Catalina, muy añorada hermana:

Espero que en vuestro nuevo hogar de Portugal seáis tratada como merece vuestra bondadosa juventud. Si bien los acuerdos tomados por los reinos exigen obligaciones, deseo que vuestra boda traiga a vuestro corazón una dicha sin par... Escribidme... Recibe un fuerte abrazo,

Leonor

Aquella carta me mantuvo abstraída durante horas, pero el redoble de las campanas vuelve a apartarme de mis cavilaciones y, con la inocente curiosidad de una novicia, observo a través de la ventana. Desde aquí puedo ver la silueta airosa del campanario con sus sonajas repiqueteando desde la torre y a las palomas revoloteando en derredor. Por la alta galería en penumbras veo alejarse a las monjas, camino al Oficio divino. Más que el primer rezo matinal parece un cuadro animado que yo contemplo desde mi claustro, como si fuera un entretenimiento que puede distraerme de mis melancólicos pensamientos. La priora, encabezando la silenciosa procesión, parece ensimismada en aquel impenetrable silencio, como si repasara mentalmente la lectura bíblica del día o las intenciones del Ofertorio. Tras ella le siguen todas las religiosas del convento por orden de edad, con el semblante amable y sereno, pensando quizá en la adoración al Santísimo que harán de rodillas apenas traspasar el umbral del recinto sagrado. Imagino al sacerdote de pie frente al sagrario esperándolas para la adoración. Unas tras otras se van arrodillando en sus reclinatorios frente a las sillas del coro. Desde mi ventana observo el doble portal de la iglesia, abierto de par en par, desde donde puedo ver el perfil perfecto de sus hábitos negros y sus rostros iluminados por el fulgor encarnado de las velas. Como si un rayo de luz divina se hubiera abierto paso desde el cielo, un resplandor penetrante se posa sobre cada una de ellas, invitándolas a la santidad. Todas admiran a su priora, por eso intentan imitarla. Ella es fervorosa, devota y alegre, les propone un trato precioso con Dios y la práctica constante de la

oración rodeada de trabajos fecundos que saquen adelante la economía del monasterio, así como prácticas y tradiciones que agraden a Dios mediante la caridad, la obediencia, la pobreza, la castidad y la penitencia...

Anoche, al concluir el rezo de maitines, le solicité permiso a la priora para pasar el día de hoy rezando en mi claustro hasta que llegue María a visitarme. Temía no sentirme bien porque las emociones a veces me juegan una mala pasada desvaneciéndome allá donde me encuentre. La priora con su bondad infinita aceptó que me recluyera en el silencio de mi clausura, desde donde puedo igualmente alabar y adorar a Dios.

Agradecí su gesto maternal y recordé con tristeza cómo era asistir a un Oficio divino a punto del desvanecimiento. No fue necesario hacer demasiado esfuerzo para recordarlo. Lo sabía de memoria. Incluso sabiendo como lo sabía, recordé cómo la angustia me iba quitando el aire y me resultaba imposible respirar, como si una fuerza gigantesca me oprimiera la garganta y me golpeará el estómago nublando mi entendimiento, la misma sensación que sabía percibir mi madre cuando sentía que se deslizaba sin poder detenerse en ese abismo sin final.

La imagen de mi desolación la había experimentado en carne propia al morir cada uno de mis hijos. En medio de un loco aturdimiento estaba obligada a encabezar sus cortejos funerarios vestida de riguroso luto. Agobiada, pero erguida, debía aparentar fortaleza, a pesar de que por dentro me iba muriendo de tristeza mientras avanzaba detrás de sus catafalcos. Sin poder mover mis pies, hacía un esfuerzo sobrehumano con cada paso para seguir adelante. Dentro de mis oídos una voz monótona y absurda me iba repitiendo hasta el cansancio que no me diera por vencida ni aún vencida.

En esos trances que me tocó experimentar, me parecía que mi vida había dejado de tener sentido. Sin saber cómo —o quizá porque dentro de mi mente veía reflejada la imagen de mi madre— sacaba fuerzas desde el fondo de mi alma, y a la cabeza de toda mi corte y de mi pueblo, poniendo empeños que desconocía y demostrando un valor que no sentía, tal y como se le exige a una reina, continuaba sin claudicaciones.

Recuerdo cuando tuve que volver a ser madre además de abuela del único nieto que quedaba a mi lado, dieciocho días después de haber muerto su padre —mi último hijo—... o cuando al morir mi esposo y quedar viuda, tuve que asumir con valor la regencia del reino en nombre del pequeño heredero, para salvar a Portugal de que volviese a ser en el futuro un territorio de España.

Mis recuerdos no llegan solos, lo hacen acompañados de nostalgias. El rápido despliegue con que me invaden dejan su huella furtiva. Todavía más rápido me acometen las emociones que se anuncian tras ellos con la urgencia de lo inesperado. La contundencia de su predominio hace fracasar cualquier posibilidad de indiferencia, impidiendo olvidarlos...

Desde un vértice lejano contemplo la misa que se está celebrando. El canónigo alza con unción entre sus manos la santa eucaristía. Con veneración me arrodillo a los pies de mi lecho y vuelo veloz con mi mente frente al pan consagrado y pido, sobre mi nieto-rey y sobre el reino, la bendición misericordiosa de los cielos. Las monjas, con sus cabezas reclinadas, meditan el misterio divino. Y mientras sigo contemplándolas suenan en mis oídos los pequeños carillones que anuncian la consagración del vino, enmudeciendo repentinamente todo.

Apenas han pasado unos instantes. La hilera de religiosas se dirige con recogimiento a comulgar. El coro enaltece con sus voces angelicales un canto seráfico que parece impregnar de santidad todo el convento. Las monjas retornan en silencio a sus reclinatorios. Con el alma gozosa agradezco haber buscado la soledad de Nuestra Señora de la Buena Esperanza, convento cuyos claustros sirven además de internado donde vienen a recluirse las damas y doncellas de la nobleza lusitana.

El día que decidí entrar en él las monjas acogieron mi llegada con inmensa alegría, consideraron que era un gran honor el que yo las hubiera preferido. Sin embargo, mi corte experimentó un hondo pesar, pues lo percibió como un abandono por mi parte. Y Portugal se transformó desde entonces en el punto de mira de la política imperial de los Habsburgo, al pasar mi regencia —sobre el único heredero posible de la Casa

de Avis, mi pequeño nieto, el rey Sebastián— a mi cuñado el cardenal Enrique, hermano de mi esposo.

Yo deseaba recluirme en la soledad para rezar. Lo necesitaba cuando tomé la decisión de hacerlo y lo sigo necesitando aún hoy; o dicho de otro modo, sólo deseé ser reina para acompañar a mi fiel esposo en el difícil camino de gobernar, pero al quedar viuda no anhelaba seguir siendo soberana. A mi alrededor fui tejiendo vallas de silencio y oración, también de reflexión; a lo que aspiraba era a amarrarme al alma de los que más amé y que ya no están. A pesar de los posibles reparos que originaba mi decisión indeclinable de abandonar el mundo para recluirme en el monasterio, hice difundir en todo el reino que renunciaba a la regencia de mi nieto. Lo hacía porque ya no deseaba gobernar en su nombre, ni tampoco me hallaba con las fuerzas necesarias para regir en su lugar a causa de mis años. El único horizonte de mis ojos en aquellos días era el convento, como cuando era una niña, y el único espacio donde se detenía mi mirada eran los viejos muros de una fortaleza abandonada.

Al morir mi esposo —Juan III—, en al año del Señor de 1557, todos nuestros hijos ya habían muerto. Con sólo tres años de edad y estando bajo mi cuidado, mi nieto Sebastián heredó el trono lusitano. El pequeño principito parecía estar signado por la dicha y la buena esperanza. Había nacido el 20 de enero de 1554, bajo el patrocinio de San Sebastián y, a pesar de haber llegado al mundo dieciocho días después de la muerte de su padre —mi añorado hijo Juan Manuel—, todo Portugal lo consideró un don del cielo por lo que, para aventar el temor de terminar siendo Lusitania un territorio español, el reino exultante lo aclamó como Sebastián el Deseado.

Su madre, la princesa Juana, archiduquesa de Austria e infanta de España, era la hija menor de mi hermano, el emperador Carlos V, quien al tener la intención de abdicar a su trono, la hizo viajar a España con premura el 17 de mayo de aquel año, dejando al niño heredero a mi cuidado. La joven tenía tan sólo diecinueve años cuando asumió la regencia de aquel reino, el 12 de junio de 1554. (Lo hizo porque su hermano y heredero, el príncipe Felipe —viudo de nuestra hija María Manuela— debía viajar a Inglaterra a desposarse con María I. Durante cinco años

ejerció en su nombre la administración del gobierno. Amiga personal del fundador de la Compañía de Jesús, Ignacio de Loyola y de quien fuera en mi infancia mi paje en Tordesillas, don Francisco de Borja —su confesor—, contó siempre con su apoyo incondicional cuando tuvo que regir). Y así el pequeño infante, sin haber cumplido sus cuatro meses de edad, debió ser abandonado por su madre, pues al ser heredero legítimo de Portugal no pudo acompañarla en su destino.

Recuerdo la trágica tarde en que con lágrimas en los ojos Juana besó con ternura por última vez la frente de su hijo y dejó a su niño entre mis enlutados brazos. Obligada por las urgencias del Imperio, su corazón se partió en dos. La gravedad de las circunstancias acortó el tiempo de la despedida. Yo lo consideré un triunfo personal de mi hermano y la tarde en que Juana me anunció su partida, me invadió un profundo dolor por ella y por el niño.

El pequeño principito, ajeno a todo lo que a su alrededor acontecía, sonrió a su madre cuando lo besó en aquella triste despedida y luego entre mis brazos volvió a sonreírme, quizá intuyendo que yo iba a convertirme desde aquel día en su madre sustituta. Juana se marchó ocultando el llanto de sus ojos, bajo los pliegues de un velo negro y con sus manos sofocó los sollozos de su boca. Yo, lejos de consolarme con la entrañable muestra de inocente cariño de mi nieto, me deshice en llanto sobre el tibio pecho del pequeño huérfano. El principito acarició con sus dedos mi tocado a modo de tierno bálsamo. Al volver a mirarlo sus claros ojos trajeron a mi vera el recuerdo imborrable de mi amado hijo recientemente muerto.

Durante muchos días no pude dejar de pensar en la similitud de nuestros destinos. Ambos habíamos perdido a nuestros progenitores antes de nacer y, en obediencia a los mandatos de los reinos, habíamos tenido que permanecer donde nos obligaban, sólo que yo había tenido la inmensa fortuna de seguir al lado de mi adorada madre y él, la riqueza de gozar de una libertad que a nosotras siempre nos fue negada.

Después de la muerte de mi esposo, recuerdo que asumí su regencia aferrada a él, con entereza y valentía, como si en aquel bienamado principito pudiera abrazar a todos mis hijos muer-

tos. Su madre nunca más pudo volver a verlo, sólo lo contempló crecer a través de los retratos que año a año yo le hacía pintar al pequeño por los retratistas de la corte —entre ellos el pintor portugués Cristóbal de Morales— enviándoselos a España. Ella le respondía con regalos que enviaba a través de don Cristóbal de Moura, caballero portugués que había ido a Castilla como menino de doña Juana, cuando la princesa regresó de Portugal.

Pasado el tiempo, la pena y el agotamiento me llevaron a dejar el palacio en 1562, buscando el único consuelo que podía hallar, más cerca de Dios, dentro de este convento. Me hubiera gustado seguir al lado de mi nieto, criarlo y educarlo con todo el amor de madre del que soy capaz, hasta que alcanzara su mayoría de edad, pero cuando cumplió sus ocho años sentí que era hora de alejarme. Había perdido las fuerzas. Las amargas me estaban doblegando y mi vida sólo rezumaba resignación y cansancio. Fue entonces cuando comprendí que era necesario dejar libre el camino para que otro ocupara mi lugar. Advertí que ya no me sentía capaz de continuar con mi tarea de madre sustituta. Era hora de dejar el lugar a otra persona más fuerte que yo, que pudiera guiar al principito por el recto camino de la formación, tanto física como espiritual, para que llegado el día fuese un monarca bueno, digno y amado por su pueblo.

Creo que lo ha logrado. Su ideal de grandeza siempre lo ha llevado con verdadero tesón a buscar los más altos valores, aquellos que puedan hacer realidad los sueños más grandes de los portugueses. Se ha preparado con gran esfuerzo y ferviente fe cristiana y creo que Dios lo ha iluminado y amparado hasta el día de hoy. Sin embargo, a veces pienso que su excesivo idealismo y su misticismo pueden causarle grandes disgustos. Su decisión de no contraer matrimonio me asombra y me inquieta al mismo tiempo. No desea desposarse para que nadie ni nada influya en su preparación como monarca. Adiestrado en el arte de la guerra y en las virtudes caballerescas, ha soñado desde niño con la gloria de Portugal y el reino lo adora tanto como yo.

En la soledad de este claustro, debo confesar que fue muy duro para mí marcharme de su lado. Pero creedme, no tenía fuerzas para continuar; todos tenemos nuestro tiempo para servir a los demás, pero el mío ya se había agotado.

Después de varias noches en vela, pálida y ojerosa tomé la decisión. Mi sobrina María fue la primera en saberlo. Después llamé a Sebastián, se lo fui diciendo despacio, como un condenado cuando se confiesa, tratando de alargar el tiempo que aún le resta para su ejecución, en busca del perdón. Ambos me comprendieron. Con gran alivio en mi corazón renuncié a la tutela del niño en favor del cardenal Enrique y entré en esta santa casa antes de que terminara el año del Señor de 1562. Lo hice, no con la idea de ser una monja, sino como un modo de aislarme del mundo y permanecer más tiempo en oración que en tareas y esmeros. Creo que en aquellos días tomé la decisión más acertada de mi vida. Eran días difíciles para el reino y para mi alma. En marzo un ejército marroquí había tomado la plaza de Mazagán y el reino, que ya había visto con tristeza cómo Portugal había hecho abandono entre 1541 y 1549 de las plazas de Agadir, Azemur, Safi, Alcazarseguer y Arcila en el país marroquí, vio en el pequeño heredero su propia salvación.

Bebiendo a diario de aquellos ideales, el niño soñó desde entonces con convertirse en el valiente rey que todos deseaban que fuese y que llevara a su país al máximo del esplendor. En 1557, su madre, la princesa Juana, por recomendación de su confesor Francisco de Borja fundó en Madrid el monasterio de las Clarisas, Nuestra Señora de la Consolación —convento de las Descalzas Reales— emplazado en el mismo palacio donde ella había nacido y había sido bautizada. Allí se recluyó y vivió hasta su muerte una vida dedicada con total entrega, al servicio de Dios. Tristemente, el 7 de septiembre de 1573 voló a la eternidad. Sebastián no derramó ni una sola lágrima porque nunca llegó a conocerla, a pesar de que yo, para que la amara, nunca dejé de hablarle de ella.

También yo en la intimidad de esta casa del Señor me siento más cercana a mi familia perdida... Ya ni mi esposo ni mis nueve hijos están en este mundo, tampoco ninguno de mis hermanos. A ellos les hablo a través de Dios cuando rezo y a ellos me parece escuchar cuando leo su palabra en la Biblia.

Recuerdo como si fuera hoy el día en que traspasé los portales de este claustro. Una atmósfera distinta se respiraba aquí dentro, eran los aromas de la paz y de la alegría profunda

de estar siempre con la mente puesta en Dios, alejada del mundo.

Aquí se palpa el estado de gracia. Tanto la priora como el resto de las monjas son mujeres piadosas, sinceras y devotas, naturales, verdaderas... que nunca dejan de pisar la tierra atendiendo a los pobres y desvalidos.

Enrique el Cardenal reinó en nombre de Sebastián desde aquella memorable fecha hasta 1568, en que mi nieto, con catorce años, tomó posesión efectiva del trono y asumió los destinos del reino.

El joven monarca ya lleva nueve años de reinado personal. Dentro de seis días cumplirá sus veintitrés años. Por muy pocos días de diferencia no hemos podido festejar nunca juntos nuestras onomásticas.

Para que fuera evidente que mi deseo era vivir recluida dentro de este monasterio, renuncié a todo lo mundano y ordené que me condujeran hasta aquí. La priora habilitó gustosa unos claustros espaciosos para mi alojamiento. Me juré íntimamente al traspasar el umbral permanecer en clausura y no volverlo a cruzar jamás estando viva, a no ser que algún funeral familiar lo ameritara.

Desde la muerte de mi esposo, visto mi cuerpo de negro y llevo el rostro sombreado por la pena. Pena que no puedo arrancar de mi alma, al haber tenido que presenciar la muerte de todos mis hijos.... El convento forma parte desde aquel año de los múltiples lugares que han dado cobijo a mi cuerpo y a mi alma a lo largo de toda mi existencia. En esta soledad en que me encuentro también suelen filtrarse noticias políticas y, con ellas, mis pesares suelen acrecentarse.

No ha sido por influencia de nadie, sino por decisión propia que he decidido vivir y morir en este sitio. Con ansiedad he buscado este ambiente al quedar sola y lo he aceptado gozosa como quien acepta la tarea que tiene que realizar hasta el último instante sin preguntarse más; entre otras razones porque lo deseo fervientemente o quizá por esa sola razón. Y comprendí por fin, sin que mi mente tal vez lo comprendiera, que no hay que luchar contra la soledad cuando la vejez llama a la puerta porque es un objetivo vano.